

La educación en debate

#51

junio
2017

Suplemento

unipe: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA BUENOS AIRES

El micromachismo en la escuela

Mariana Liceaga y Julián Mónaco*

En una escuela inicial de Haedo, las maestras reunidas en el patio empiezan el día con esta canción:

—En un barco cargado de sirenas y princesas llegaron las nenas, las queremos saludar: ¡Hola, nenas! ¿Cómo les va?

—¡Bien!

—En otro barco cargado de camiones y tiburones llegaron los varones, los queremos saludar: ¡Hola, varones! ¿Cómo les va?

—¡Bien!

—En un barco cargado de galletitas y papas fritas llegaron las señoritas, las queremos saludar: ¡Hola, señitos! ¿Cómo les va?

—¡Bien!

En ese mismo momento, un hombre y una mujer entran en una escuela primaria rural para adultos en Godoy Cruz, Mendoza. Él camina adelante, ella va un paso más atrás. Cuando se sientan en el aula, lo hacen igual que cuando caminan: el hombre adelante, ella, detrás. La maestra pide que saquen los cuadernos.

—¿Qué pasa que no escribe? —le pregunta al varón—. ¿Se olvidó el cuaderno?

—No, pero hacemos así: ella escribe y yo leo del cuaderno nomás.

—Yo le voy a dar uno para que usted escriba también porque necesito evaluar a cada uno por separado.

Días más tarde, en un foro virtual de una capacitación del Programa de Educación Sexual Integral del Ministerio de Educación, la maestra escribirá lo que intuyó desde que esta pareja se inscribió en la escuela: ella era la que quería aprender a leer y a escribir y él no quería que lo hiciera sola.

Esa misma mañana, pero en una escuela primaria de La Matanza, la maestra de primer grado les lee a sus estudiantes *Violeta Parra*, un cuento de la colección *Antiprincesas* de la editorial Sudestada. Al terminar la actividad, dos nenas salen al recreo, se acercan al director y le dicen:

—¿Sabés qué? Yo no voy a esperar al príncipe azul.

¿Es la escuela un lugar machista? ¿Por qué podría no serlo? Estudiantes, docentes y familias nacen, crecen y viven en un mismo sistema que el feminismo, en uno de sus principales aportes a favor de la construcción de una sociedad más justa, ha identificado como patriarcal. Esto es: una organización social cuyo armado es cultural y no natural, que justifica la supuesta superioridad masculina sobre la base de una también supuesta inferioridad biológica de las mujeres. Las personas que habitan las escuelas no están exentas. El machismo aparece todos los días en situaciones cotidianas que convalidan y reproducen ese sistema. Funciona en las prácticas: en los actos escolares los niños actúan de Cornelio Saavedra u otro de los miembros de la Primera Junta y las niñas venden pastelitos y empanadas. Funciona, también, en el lenguaje: “La maestra es como la segunda mamá”. Una idea que, además de adjudicar la tarea de crianza a las mujeres, desprofesionaliza la tarea docente. Desandar el camino patriarcal en la escuela es una lucha cotidiana. La maquinaria que ofrece modelos estereotipados se filtra en lugares visibles e invisibles. Por eso preferimos hablar aquí de “micromachismos”. Y por eso, también, las escenas que ilustran esta nota no tienen nombres propios: no se busca señalar a personas sino mostrar un friso del estado de cosas (1). Además las escenas fueron recolectadas con el compromiso de omitir las identidades de personas e instituciones. Criticar el micromachismo, se sabe, puede exponer a estudiantes, docentes y familias a diferentes tipos de represalias.

En una escuela secundaria de Salta capital, tres chicos llegan sin sus guardapolvos.

—Mi mamá no lo lavó —dice uno.

—Mi mamá no estuvo en casa y no lo tenía listo —dice otro.

—Ustedes son los responsables de su propio aseo y el lavado del guardapolvo está incluido en eso, no es tarea de sus madres por ser mujeres —les dice la directora.

Este comentario dispara entre los estudiantes una conversación sobre quién hace qué en sus casas.

Más avanzada la mañana, una docente de primaria de Formosa, otra de Buenos Aires y otra de Río Negro les dictan a sus estudiantes notas para que copien en los cuadernos de comunicaciones. Una la dirige a las “Familias”, otra a las “Mamis” y la tercera a los “Señores Padres”. Esta última docente camina entre los pupitres y dice:

—Sofía, tu letra parece la de un varón, qué desprolija.

La comunicación para las familias es la misma: las convocan a un acto escolar. Pero más allá de a quién está dirigida, las madres conformarán la mayor parte de la asistencia en las tres reuniones.

Durante el recreo de las 10:20, en una escuela primaria de Caballito, un preceptor le dice a una chica de cuarto grado:

—El fútbol es juego de varones, te vas a lastimar, ellos tienen más fuerza.

Y una nena de una escuela de Chaco que todos los días juega al fútbol —muy bien según sus compañeros— no sabe que éste será el último día que se divierta con la pelota hasta nuevo aviso. Un docente será el encargado de prohibírselo: el cacique de la comunidad concluyó que está poseída por el espíritu masculino. En otro patio, pero de una escuela privada de Núñez, las chicas de primaria consiguieron, después de muchos años, que los varones compartan el patio para jugar al fútbol. Ahora los equipos son mezclados.

También en la Capital Federal, pero en Palermo, un profesor de psicología de cuarto año de una escuela secundaria de turno mañana intenta cerrar un debate

sobre cuestiones de género y le dice a una de las estudiantes:

—Yo puedo mirar a mis alumnas de trece años como quiero porque mirar no es ilegal.

Ese comentario genera tal discusión que terminará unos meses después en una campaña organizada por la Comisión de Género de la escuela en repudio de los micromachismos cotidianos.

Al final de la hora de catequesis, en una secundaria privada de Buenos Aires, queda escrito en el pizarrón la actividad que la profesora hizo con sus alumnas de cuarto año. El cuadro está dividido en tres columnas: cada una describe características femeninas y masculinas. La primera columna examina “Elementos generales”: dice que las mujeres se satisfacen con lo que tienen, conservan tradiciones y son perseverantes, precavidas y pasivas; los varones, en cambio, tienen deseos de cambiar las cosas, iniciativa e inventiva y son impetuosos, impacientes y activos. La segunda columna expone “Elementos sensitivos”: las mujeres son afectivas y sensibles, desean que las amen y que las cortejen, captan detalles pequeños y tienen procesos afectivos lentos; los varones son apasionados, desean amar y cortejar y tienen procesos afectivos rápidos. La tercera columna refleja los “Elementos intelectuales”: el conocimiento de la mujer es intuitivo e instintivo, se deja llevar por entusiasmos optimistas y su pensamiento es profundo. El varón es intelectual y lógico, reflexiona sobre obstáculos y resultados y su pensamiento es amplio.

Incluso si es cierto que en muchas escuelas existe hoy una mayor apertura desde el discurso hablado o desde los lineamientos escritos, basta una fotografía de un día cualquiera para descubrir que faltan puentes entre lo dicho y lo hecho. A lo largo y a lo ancho de Argentina, escenas de la vida cotidiana convalidan la discriminación hacia las mujeres y contribuyen a la reproducción de los mecanismos de dominación masculina que las oprimen.

El machismo, más que como una doctrina o un conjunto de prácticas conscientes, se filtra como un “contenido oculto” que recorre desde los programas de las materias hasta la distribución de los espacios en los recreos y que, aun sin proponérselo, la escuela enseña todos los días. Es, además, transversal: atraviesa prácticas y discursos de docentes, estudiantes, directivos y familias. Funciona, también, cuando a un nene se le dice que no puede llorar por ser varón o se lo estigmatiza por elegir el taller optativo de danza.

Ya es mediodía, un grupo de chicas y chicos de catorce años almuerzan en unas mesas dispersas en el patio de una escuela →

→ la del barrio de Belgrano. Un preceptor pasa y le dice a uno de los estudiantes que se saque la *bandana* que se acaba de poner:

—Es una falta de respeto que un hombre lleve puesto eso —le dice.

Mientras el varón de la *bandana* termina de comer, una de sus mejores amigas se dirige a la biblioteca para leer el reglamento interno. El varón se suma, lo leen juntos y no encuentran ningún apartado que prohíba su uso.

—No me gusta nada ese comportamiento —les grita el mismo preceptor cuando los encuentra leyendo.

Su tono es tan violento que la chica y el chico se largan a llorar. De todos modos, juntan fuerzas: saben que es su derecho leer el reglamento y se dirigen a la Rectoría. La vicerrectora los recibe, escucha lo que pasó y les dice que va a hablar con el preceptor y que los va a contactar porque necesita escuchar las dos historias. Al día siguiente, en el recreo largo de la mañana, la mujer citará a la chica y al chico y les dirá que tal vez hayan escuchado mal porque el preceptor niega haber dicho eso. Aun así, en el recreo del mediodía, el adulto se acercará al chico de la *bandana* y le pedirá disculpas:

—Por si hubo un malentendido.

En una escuela primaria de La Rioja empieza el turno tarde; una maestra recibe a su grado y mientras forman fila, ordena:

—Sebastián, parate bien, como una señorita.

—Y vos, Santino, estás todo despeinado, parecés una chica con esos pelos largos, cortáte los.

Mientras tanto, en un aula de una escuela de Santa Cruz, se ve a un grupo de alumnas adolescentes jugando con nenes y nenas: son sus hijos e hijas. La escuela desarrolló una estrategia para que las madres jóvenes continúen sus estudios y las reciben con prole incluida. A pesar de que los padres también van al mismo colegio, nunca se los ve cerca de los niños o niñas.

—¿Pero por qué pasa esto? —pregunta una tallerista del programa de la ESI que está de visita.

—Porque ellos no saben cuidar a los chicos, las madres y nosotras nos ocupamos —responde una docente.

La estrategia, si bien funciona para que no se pierda la escolaridad —en ese sentido es efectiva—, reproduce estereotipos de género. Así sucede también cuando en las escuelas secundarias se les ofrece a las estudiantes talleres sobre maternidad adolescente pero nunca se convoca a los varones para hablarles sobre la paternidad a esa edad.

Si bien la vida cotidiana de las escuelas está poblada de prácticas machistas, también es cierto que existen en ellas prácticas críticas. El feminismo postula que la dominación de las mujeres por parte de los hombres no es natural sino histórica y social y que por ello puede revertirse. Las escuelas no están condenadas a la reproducción del sistema patriarcal y, más aun, son instituciones que tienen la potencia de producir cambios. “Pero, además —explica Mirta Marina López, coordinadora del Programa de Educación Sexual Integral del Ministerio de Educación—, para el nuevo paradigma de infancia que instauró en nuestro país la Ley de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes del año 2006, la escuela, como espacio de socialización público, tiene el deber de no ser machista.” Del mismo modo, la Ley de Educación Nacional indica que el aula debe ser un espacio para trabajar en favor de la equidad de género. Es decir: más que de una “opción” que pueden tomar docentes, equipos de conducción e instituciones, se trata de un derecho de las y los estudiantes.



Helmut Middendorf, sin título, de la serie *El abrazo de la noche*, 1983

Desde 2015 la Ley N° 27.234 establece la obligación de realizar al menos una jornada anual en cada escuela referida a la violencia machista. En la secundaria del barrio Malvinas Argentinas, en la ciudad de Formosa, hoy celebran ese día y convocaron a las familias para una muestra artística. Al comenzar, las y los estudiantes entran en escena con carteles que exhiben las siguientes frases machistas: “Se pinta mucho porque quiere conseguir un hombre”, “Si usa minifalda, es porque quiere algo”, “Tenés que ser fuerte como hombre: no llorés”, “Las muñecas son para nenas”, “Es normal tener celos si querés a alguien, esa persona se tiene que sentir orgullosa de eso”. Acto seguido, los alumnos actúan escenas donde se liberan de esas consignas.

En La Pampa, este es el primer año que las nenas de una escuela inicial no llevan delantal rosa ni los nenes, celeste: se eliminó la prescripción de colores, cada cual lleva el que más le guste.

Construir escuelas más justas, es decir, menos machistas, es un trabajo cotidiano, paciente, atento a los detalles y esforzado, en el que las y los docentes aparecen como agentes de cambio. Del mismo modo que enseñan a sumar, restar, multiplicar y dividir, deben hacerlo a favor de la igualdad de género. Pero, además, deben poner en cuestión sus propias prácticas y su sentido común. Para ello son fundamentales los espacios compartidos entre docentes para trabajar en grupo la desnaturalización de lo que se hace a diario. Para revisar aquellas intervenciones que promueven la inequidad y la vulneración de derechos.

En este camino, el papel de las políticas públicas es fundamental, porque la problematización del machismo debe ser necesariamente colectiva y sostenida en el tiempo. No se les puede exigir a los y las docentes una transformación individual o autodi-

dicta. Por eso la reducción de la cantidad de materiales de la ESI, que pasó de 809.715 ejemplares entregados en 2015 a 40.000 en el año 2016 —cuando en Argentina hay más de 50.000 unidades educativas si se consideran todos los niveles y modalidades—, y de la cantidad de vacantes para cursos virtuales, que pasó de 16.468 a 6.719, refleja una estrategia de cuentagotas cuando la complejidad del problema demanda un plan de derrame (2). En esta misma línea, el lunes 17 de abril el Gobierno de la Ciudad envió una comunicación a las escuelas porteñas titulada “Plan de recuperación de clases”, en la que manda suspender las jornadas de Educación Sexual Integral establecidas por agenda educativa para los días 28 de junio y 25 de octubre para poder recuperar los días de paro. Además, indica levantar las cuatro Jornadas de Mejora Institucional (EMI): uno de los pocos espacios institucionales en los que los y las docentes pueden problematizar su trabajo diario.

En el recreo de una escuela inicial de Rosario, un grupo de docentes conversa sobre cómo abordar un tema que les resulta incómodo: un alumno de sala de tres dramatiza con ropa de mujer.

—Es raro, tenés que hacer alguna intervención —dice una de las docentes.

—A mí me hace ruido —dice otra—. Acá no hay nada malo, es una cuestión de los adultos, no del niño.

—La sexualidad no está definida siendo tan chiquito —opina otra.

—¿De qué estamos hablando? —piensa otra para adentro—. ¿De homosexualidad sin mencionarlo?

La socióloga Eleonor Faur participó en varias capacitaciones en distintos lugares del país para una investigación y cuenta que en la primera parte de los encuentros los y las docentes hacían una actividad en la que reflexionaban sobre sí mismos y

donde aparecían los tabúes en los que habían crecido. “Hay una parte de tu subjetividad por la que tiene que pasar todo esto para que pueda despejarse. Capacitarse les hacía darse cuenta de su postura y de lo que hacían en cuestiones de género. Es muy destacable que el dispositivo que armó Mirta Marina (coordinadora del Programa Nacional de la ESI) y su equipo haya incluido la dimensión personal.”

Rauch es una localidad que tiene cerca de 1.500 habitantes. Hoy por la tarde será la primera vez en la historia de una escuela técnica que una mujer abrirá a la tarde el Taller de Carpintería en calidad de profesora y jefa: siempre hubo hombres a cargo de ese espacio. Llegar hasta ahí no le resultó fácil: primero como profesora tuvo muchas resistencias para participar, después para concursar. Ya lo había experimentado como alumna porque, según decían, los hombres eran quienes tenían la habilidad para manejar las máquinas.

A las personas que habitan las escuelas todos los días les toca entonces una doble tarea: operar una transformación de las propias prácticas y discursos; y, al mismo tiempo, enfrentar las tendencias, injusticias y sistemas de valores de la época, lo cual supone una tarea compleja porque muchas veces las excede, en la que las fronteras entre lo escolar y lo no escolar se vuelven porosas. Por eso las políticas públicas (es decir: regulación a través de leyes; presupuesto para capacitaciones, impresión de materiales y realización de jornadas de reflexión; discusión de contenidos curriculares desde una perspectiva de equidad de género; entre otras cosas) deben funcionar como un motor potente.

Al final de la jornada, mientras los nenes y nenas de quinto grado de una escuela primaria de Chubut preparan sus mochilas para irse a sus casas, la maestra les dice:

—Chicas, mañana nos toca limpiar el salón.

En una escuela rural secundaria en Deán Funes, en Córdoba, un gaucho con un cuchillo en la cintura se acerca a la salida de la escuela y le dice a la docente de geografía:

—Usted les tiene que enseñar a leer, escribir, a hacer cuentas y nada más.

Días atrás esa docente, preocupada porque una alumna había estado ausente varios días, preguntó si alguien sabía algo y le dijeron que faltaba porque había debutado.

—¿Qué quieren decir con eso? —preguntó sorprendida.

—Cumplió quince años y tuvo que debutar con el estanciero.

También al final del día, en una escuela inicial de Iguazú en Misiones, una docente implementa lo que aprendió en una capacitación de la ESI.

—Pueden ir a jugar a cualquiera de los rincones de juego, elijan el que más les guste.

Un padre llega a buscar a su hijo y cuando lo encuentra en el rincón de la casa con una muñeca en la mano le dice a la maestra:

—¿Usted quiere hacerlo gay?

—El nene imita lo que ve en el hogar, en este caso, una paternidad presente y responsable —le contesta.

El hombre la mira, agarra a su hijo de la mano y se despiden de la docente hasta el día siguiente. ■

1. Los autores de la nota recolectaron los casos presentados en entrevistas con docentes, equipos de conducción, estudiantes y familias. El resto fue extraído del libro de María Lía Bergalló y Mariana Lavari (coord) et al., *Educación sexual integral en la Argentina: voces desde la escuela. Una mirada sobre jornadas de formación institucional*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ministerio de Educación, 2015.

2. Fuente Frente Popular por la ESI.

*Miembros del equipo editorial de UNICE.

MIRTA MARINA LÓPEZ,
COORDINADORA DEL
PROGRAMA NACIONAL DE
EDUCACIÓN SEXUAL INTEGRAL

Un problema transversal

“La escuela, a través de la Educación Sexual Integral, puede promover una sociedad más igualitaria para hombres y mujeres.” Con esa reflexión, Mirta Marina López, coordinadora desde 2008 del Programa Nacional de la ESI del Ministerio de Educación, arranca esta entrevista donde destaca la importancia de construir una escolaridad respetuosa de los derechos de todos y todas. Sostiene, además, que si bien las aulas no están exentas de prácticas machistas tampoco están condenadas a la reproducción de este sistema injusto.

¿Se puede hacer una historia de la ESI desde su creación?

Es útil hacerlo para mirar las dificultades en sus inicios, valorar logros, dimensionar lo que falta y apuntalar lo hecho. La redacción de los lineamientos curriculares fue un hito: hubo discusiones fructíferas y algunas parecían llevar a un callejón sin salida. Se requirió la fortaleza del Estado. Fue una verdadera construcción de consenso: participaron iglesias, investigadoras y expertos, las provincias, docentes y los gremios. Se estableció qué se debía enseñar en cada nivel, en todas las modalidades; el Consejo Federal de Educación lo aprobó, legitimó los contenidos y definió las responsabilidades de la cartera educativa. Se puso en marcha una activa política de financiamiento y acompañamiento por parte del Ministerio de Educación para colocar a la ESI como prioridad en todo el país. Eso incluyó la elaboración y distribución de materiales educativos y capacitaciones virtuales y presenciales. Entre 2008 y 2015 se redujo en un 80% la cantidad de escuelas donde no se trabajaba la ESI. Hoy resta mejorar los abordajes, hacerlos más integrales, ampliar la perspectiva de derechos en la ESI y generar las condiciones políticas, financieras y educativas para sostener los logros que colocan al país entre los líderes de la región en la materia. Este año se incorporarán un curso virtual específico sobre la ESI y violencia de género y otro sobre el respeto por la diversidad sexual.

¿La ESI tiene entre sus objetivos prevenir el machismo en la escuela?

El Artículo 3º de la Ley N° 26.150 dice que hay que “procurar igualdad de trato y oportunidades para varones y mujeres”. Por lo tanto, trabajamos para que en el aprendizaje y en la organización institucional se reviertan las desventajas y se aborde la prevención. Desde 2015, la Ley N° 27.234 refuerza la ESI porque obliga a las escuelas a una jornada anual de Educar en Igualdad, referida al tema de la violencia machista.

¿Se trabaja en los tres niveles?

Sí, es otro logro de la ESI. Antes la educación sexual se asociaba a la adolescencia. Con la perspectiva integral se trabaja desde la primera infancia en los derechos, la afectividad, el cuerpo, la salud, el respeto por la intimidad, los comportamientos de autoprotección, la aceptación y valoración positiva de las diferencias, el rechazo por todas las formas de discriminación. Y para prevenir la violencia machista, esta mirada integral en el nivel inicial es fantástica porque la intervención docente ayuda a cuestionar estereotipos de género y a experimentar maneras más libres y equitativas de relacionarse.

¿Cómo se da el machismo en la escuela? ¿Entre estudiantes? ¿Entre docentes?

El machismo es transversal. Se espera que la escuela desarticule cualquier vulneración de derechos pero para que sea más inclusiva hay que trabajar a diario las maneras de vincularse entre todas las personas que se encuentran en ese espacio.

¿Los y las adolescentes perciben el machismo en la escuela como un problema?

En las Jornadas Educar en Igualdad de 2016 pudimos evidenciar que no es percibido como un problema por los y las estudiantes. De allí el valor que tienen estas jornadas para visibilizar situaciones y su paulatina superación junto a las familias.

Y los y las docentes, ¿perciben el machismo como un problema? ¿Cuál es su respuesta al trabajar con estos temas?

Es difícil generalizar. A través de las capacitaciones a miles de docentes podemos decir que es necesario visibilizar situaciones de inequidad. Solemos comenzar con una reflexión donde les preguntamos si han sentido discriminaciones por ser varones o mujeres. Cuatro carteles repartidos por el salón dicen “siempre”, “muchas” o “pocas veces” o “nunca”. En general los varones se distribuyen entre las cuatro opciones; las mujeres, en cambio, se ubican en “nunca” o “pocas veces”. Eso exige un trabajo posterior de reflexión para que logren identificar situaciones de discriminación en la vida familiar o laboral. En las capacitaciones virtuales se ve la progresiva reflexión sobre la práctica.

¿Las escuelas confesionales trabajan estos temas?

Sí, en muchas y muy bien. Es necesario romper la generalización de que las escuelas confesionales en bloque se resisten a la ESI. Como toda generalización, es injusta. La Ley N° 26.150 establece que independientemente del tipo de gestión, estatal o privada, las y los estudiantes tienen derecho a la ESI. El Ministerio siempre tuvo en cuenta todas las escuelas en las capacitaciones y en la distribución de material.

¿Se intenta incluir a la familia?

El lugar de las familias ha sido un eje central del proceso de construcción de la Ley de la ESI. Desde el Programa Nacional brindamos herramientas para que las escuelas trabajen en articulación con las familias. A veces nos encontramos con instituciones que temen avanzar en ese vínculo, pero la experiencia muestra que la recepción siempre es muy positiva y las familias agradecen muchísimo que la escuela genere esos espacios. ■

M.L. y J.M.

CAROLINA MOLINA DE VEDIA, NATALIA BENGOCHEA, NATALIA PISSACO Y SOFÍA LUPPINO, DOCENTES

“Es otro contenido a trabajar”

Un año atrás, la maestra Carolina Molina de Vedia les propuso a sus estudiantes de sexto grado que armaran el cuerpo de una mujer y el de un hombre a partir de recortes de diarios y revistas. Intentaba problematizar en el aula el ideal de belleza dominante. “Los cuerpos que quedaron formados se parecían mucho entre sí: eran todos flacos, blancos, rubios. Las chicas eran modelos o cantantes, y los chicos –recuerda–, futbolistas. Son estereotipos muy difíciles de abrir. Es como si la televisión y la publicidad estuvieran siempre ahí, encendidas. Nosotras tratamos de desarmar eso.” En la Escuela Provincia del Chaco del barrio de Flores, en la Ciudad de Buenos Aires, trabaja también Natalia Bengoechea. “Inventamos estrategias todo el tiempo –cuenta–. Una vez dibujamos los contornos de los cuerpos de un chico y de una chica. El resto del grupo estaba de espaldas. Cuando se dieron vuelta y les preguntaba cuál era el de cada uno, las respuestas eran variadas. Entonces llegamos a la conclusión de que no había diferencias.”

Desde hace tres años, Molina de Vedia y Bengoechea comparten el turno tarde con Natalia Pissaco: “Estoy en séptimo, con el grupo que tuvo antes a Carolina. Hace poco se pusieron a discutir porque a una chica le dieron un pelotazo en el recreo. ‘Es que las mujeres somos más sensibles’, dijo. Y enseguida uno se paró y le contestó: ‘Decir eso es re machista’. Lo que palpé ahí es el trabajo de mi compañera. La chica terminó diciendo: ‘Bueno, es que yo soy un poco sensible’. Algo se movió”. A estas tres maestras, que intentan combatir al machismo en sus aulas, se les suma Sofía Luppino, la Facilitadora Pedagógica Digital de la escuela. “Trabajar en equipo es muy necesario –remarca–. Podés hacerlo sola, sí. Pero es más difícil y vas a tener resultados más pobres, porque lo que vos hacés lo desarma otra. Juntas logramos mucho. Mis compañeras son todas suplentes y querría que siempre se queden acá. Aunque también sé que si les toca ir a otra escuela, van a seguir adelante y podría darse un efecto multiplicador.”

Las cuatro leen autoras feministas y participaron activamente del paro de mujeres y de las marchas contra la violencia de género. Además, fueron juntas al último Encuentro Nacional de Mujeres en Rosario. “Conectamos con todas esas cosas que están pasando afuera de la escuela –explica Molina de Vedia–. Pero este cambio de mirada tiene que ver, también, con situaciones cotidianas que te hacen ruido. Si las pibas te cuentan que no juegan al fútbol porque les dijeron que no pueden y los pibes te dicen que ellas los están molestando porque quieren jugar, tratás de cuestionar eso y de meterles una pregunta. Y eso no

es perder tiempo de clase, es otro contenido más que tenemos que trabajar.” Coinciden en que hacer de la escuela un lugar más justo, como lo manda el Programa Nacional de Educación Sexual Integral (ESI), es parte de su trabajo. “Es una ley, no una decisión personal. No es porque sos *copada*. En eso hay mucho desconocimiento”, enfatiza Pissaco. Y Luppino piensa en voz alta: “A veces ese desconocimiento es a propósito, funciona como una estrategia”.

Cuando conversan entre sí, ponen sobre la mesa las piezas de una máquina que avanza sin pausa dentro y fuera de la escuela y que es, además, transversal, porque toma a estudiantes, docentes y familias por igual. “Algunos maestros varones –reflexiona Bengoechea– adoptan la pose del *macho* de la casa y hay maestras que siguen ese juego. Los hombres siempre están empoderados. De hecho, aunque las maestras somos mayoría, entre los representantes sindicales y los ministros y funcionarios históricamente hay más hombres.” Para desarmar esa máquina, aseguran, es necesario salir de la comodidad y cuestionar, incluso, las propias prácticas. “La semana pasada –cuenta Pissaco– había que ir a buscar una caja con libros y dije: ‘Tres varones que puedan ir’. ¡Los fui a frenar a la escalera! Estoy cada vez más pendiente de corregirme a mí misma.” Luppino suma otra anécdota: “Me acerqué en el recreo a una nena que tenía unos brillos en el guardapolvo y le pregunté: ‘Qué lindos, ¿te los hizo tu mamá?’. Y me respondió: ‘No, señor, mi papá’. Es muy bueno que los mismos pibes y pibas te corrijan y te hagan sentir fuera de lugar”. Y agrega que el machismo funciona también cuando un varón no puede abrazar a un compañero o jugar con muñecas. “Un nene me contó que la hermana lo amenazaba con contarle al papá si agarraba una. Por eso está bueno que sus maestras lo habiliten a jugar con lo que él quiera.”

Para estas cuatro maestras, la formación docente todavía no está a la altura del lugar en el que la ESI pone a los y las docentes. “Si no vamos a la formación, la formación no viene a nosotras”, resume Bengoechea. “Por eso lo más fuerte es la autoformación”, opina Luppino. Pissaco agrega: “Hice el profesorado en Ushuaia. Cuando la profesora tuvo que hablar de la ESI no sabía muy bien qué decir. Se protegía comentando que era nuevo, que había materiales para mirar. Eso te hace sentir muy en desventaja”. ■

M.L. y J.M.

ELEONOR FAUR, SOCIÓLOGA Y
CAPACITADORA

El cambio cultural requiere tiempo

“La escuela es parte de la sociedad y, como tal, tiene su misma complejidad.” Con esa observación, la socióloga Eleonor Faur, doctora en Ciencias Sociales y docente del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, sintetiza el recorrido que hace por la construcción de estereotipos de género tan establecidos como estancados. De hecho, la feminización de la docencia, dice, es parte de toda esa maquinaria que construyó durante siglos esa declaración no científica que indica que las mujeres tienen “un instinto”. “¿Cuál sería?”, pregunta Faur. Y ella misma se responde: “Es una construcción, como la paternidad o la hermandad. Lo llamativo en la docencia es que en el nivel inicial y en la primaria son raros los casos de maestros, en la secundaria y en la universidad hay más. Pero en las cúpulas hay varones, incluso la mayoría de los representantes gremiales de los docentes lo son”.

Coautora junto a Alejandro Grimson del libro *Mitomanías de los sexos*, recuerda que hasta hace un par de décadas las imágenes que aparecían en los libros de texto eran fuertemente estereotipadas: la madre con el delantal preparaba el picnic, el padre remontaba un barrilete. Si bien Faur cree que hubo muchas transformaciones en los horizontes de posibilidades que se les ofrecen a las chicas y chicos, también dice que mucho de aquello permanece pero con la idea de que todo cambió. Dice que hay rigideces enormes, como el uso de los espacios abiertos. Y recuerda cómo su hija y sus amigas recibían el mote de “gallinas” porque se las pasaban en un rincón del patio conversando durante el recreo mientras que los varones ocupaban todo el espacio para jugar a la pelota.

Según Faur, hay mucho trabajo encaminado. Entre 2012 –cuando empezó un proceso de capacitación masiva como parte de las acciones que acompañaron la sanción de la Ley de Educación Sexual Integral (ESI)– y 2015, se instruyeron 100.000 maestros. “La idea de poner el foco en los docentes fue brillante, dejó una masa crítica interesada. Si hay algo que es dinámico, es nuestra experiencia vital, y sobre todo en los años de crecimiento. Si iba un médico a dar una charla no generaba vínculo y luego los y las estudiantes no tenían con quien conversar.”

Investigadora en temas de género, familia y políticas públicas, Faur participó de varias capacitaciones. Cuenta que en muchos casos los docentes llegaban a ellas desorientados, sin saber muy bien cómo incluir la ESI en los currículos y que, por eso, es muy importante acompañarlos. “No sabían si tenían que hablar de abortos o de posiciones sexuales y cuando les decían, por ejemplo, que hay muchos tipos de familia, decían: ‘Ah... eso también es tema de la ESP.’” Además, señala que en muchos casos se sorprendían cuando se daban cuenta de que ya la estaban aplicando sin saberlo.

Faur, ex directora del Fondo de Población de las Naciones Unidas, destaca que la Ley es un ancla que ayuda a disipar todas las resistencias. Aun así, hubo provincias, como San Juan, que no permitieron el acceso a los capacitadores. En cambio, otras más conservadoras –como Salta, que tiene establecida en su Constitución la enseñanza de religión en las escuelas públicas– llevaron adelante proyectos muy interesantes.

“Son procesos dinámicos y heterogéneos. Hay un patrón general donde la escuela trataba una idea muy establecida de roles muy estereotipados, pero las transformaciones fueron permeando esta mirada menos machista y hoy vas a escuelas que tienen carteles del Ni Una Menos o donde las celadoras están atentas para saber si las chicas que tienen relaciones se cuidan.”

Faur asegura que hay algo que se está empezando a mover. “No fue en vano todo lo que se hizo. Cualquier cambio cultural –tenemos muchos años de este tipo de socialización– requiere de una cantidad de tiempo enorme; son tantos los elementos que se ponen en juego en el machismo de la escuela que desandar eso lleva tiempo. Pero el camino está empezado.” ■

M.L.

AGOSTINA OLIVERA, ESTUDIANTE

Currículas, códigos y frases machistas

“Nos enseñan una currícula machista”, sentencia Agustina Olivera, que cursa quinto año e integra la Comisión de Género del Centro de Estudiantes de la Escuela Normal Superior en Lenguas Vivas Sofía Esther Broquen de Spangenberg, más conocida como “Lengüitas”. Y explica: “El machismo se da en todas las materias. En Historia vemos siempre a los mismos próceres. No vemos a mujeres luchadoras como Juana Azurduy. En Biología nos dicen que el órgano sexual femenino es un órgano reproductor, pero para nosotras no es solamente para reproducirnos. Y en Literatura no es casualidad que todos los autores que leemos son hombres”.

La Comisión se formó en 2014 y desde el inicio la integran varones y mujeres. “Es atípico, en la mayoría son sólo mujeres”, remarca Olivera. El grupo creció al calor de una lucha puntual que tenía por objetivo modificar el código de vestimenta de la escuela. “El código decía que las mujeres no podíamos usar musculosas ni shorts ni polleras y prohibía el uso de remeras de partidos políticos, equipos de fútbol y bandas de música por ser ofensivos. Entonces hicimos una campaña con el eslogan ‘Enseñennos a respetarnos, no a reprimirnos’”, cuenta. El nuevo código se aprobó

en 2015 pero dejó de estar vigente al iniciar el siguiente ciclo lectivo. “Entonces hicimos una sentada adentro del colegio que duró dos días y logramos lo que queríamos”, dice Olivera.

En 2016 lanzaron en Facebook la campaña “Lxs profesorxs andan dicienddo”, en la que recolectaron cincuenta frases dichas por profesores y profesoras de su escuela que sintetizan una cultura machista naturalizada. Entre ellas, textuales como “¿Rosa para un chico? No, dale azul”, “Síntese como una señorita” y “Yo puedo mirar a mis alumnas de trece de la forma que quiera. No es ilegal mirar”. “Las frases no tienen nombre. No queremos demonizar a los docentes porque entendemos que es un problema social. Aunque sí creemos que no pueden seguir enseñándonos de ese modo”, explica Olivera y cuenta que algunos de los profesores se enojaron. “Pero también hubo otros que nos pidieron perdón y nos dijeron que a veces son ellos los que aprenden de nosotros”, dice. Y completa: “Después de la campaña el debate que queríamos llevar a las aulas se fortaleció: muchos estudiantes que no estaban interesados se acercaron y en la última marcha por el ‘Ni una menos’ fuimos 200”. ■

M.L. y J.M.

Todo es de todos

“Hasta salita de tres, los nenes y las nenas juegan juntos y a todos los juegos, pero ya en salita de cuatro empiezan a distinguir entre juegos que son para unos y otros. Lo mismo pasa con los colores: ‘Seño, yo no quiero rosa porque es de nena; yo no quiero azul porque es de nene’. Trabajamos para que se entienda que todo es de todos y que todos podemos elegir a qué queremos jugar. En el jardín, los chicos tienen que poder estar en cualquiera de los rincones. Incentivamos a los varones a que jueguen a la casita, porque ellos también pueden cocinar y cuidar a sus hijos; y a las nenas para que se diviertan con los autitos. Después lo replican en sus casas. Las familias lo reciben bien. Además, ven que las filas ahora son de nenes y nenas y que en los registros están todos mezclados. En 2016, en una reunión de equipos, nos comentaron que existe la idea de que en el corto plazo los baños sean mixtos. Supongo que ahí van a aparecer más discusiones. Somos una comunidad chica y hay cosas que todavía cuesta entender.” (Camila Escribal, integrante de un equipo de orientación que trabaja en el marco de la Ley de Educación Sexual Integral en escuelas iniciales y primarias de Rauch, Provincia de Buenos Aires)

UNIFE Editorial Univesitaria se propone construir un catálogo sustancioso para la formación integral de docentes, investigadores y lectores interesados en problemáticas actuales e históricas del campo educativo en particular y de las ciencias y las humanidades en general.

u: unipe
editorial
universitaria

unipe
Universidad
Pedagógica
Nacional

www.editorial.unipe.edu.ar

Staff

UNIFE:
Universidad Pedagógica

Rector
Adrián Cannellotto

Vicerrector
Carlos G.A. Rodríguez

Editorial Univesitaria

Directora editorial
María Teresa D' Meza

Editor de *La educación en debate*
Diego Rosemberg

Redactor
Diego Herrera